

[Para El Periódico de Aragón, 19-V-2000]

Programas, catalpas y rectores

Guillermo Pérez Sarrión

Cercanos ya los exámenes finales, la fugaz primavera del campus universitario trae el ciclo de la vida: las catalpas despliegan sus grandes y delicadas hojas, acompañadas por acacias y otros árboles frondosos. No lejos, trae la Feria del Libro. Y también, a veces, sucesos singulares: cada cuatro años, y este toca, trae al campus la elección de un nuevo rector.

El asunto es importante pero difícil de entender, sobre todo si se leen los recién difundidos programas de los tres candidatos: los textos desde luego no son iguales en el detalle, pero sí semejantes en lo general. Redactados en un metalenguaje más o menos retórico, aparentemente comprensible sólo por "los de dentro", tienen su origen en un proceso electoral que acaba en su elección por el claustro, un cuerpo de electores de unos 180 profesores, unos 90 estudiantes y unos 30 administrativos o PAS. Los profesores suelen estar divididos en dos o tres grupos, así que los apoyos que se negocian con estudiantes y PAS son fundamentales para obtener la mayoría en la votación. La campaña electoral, que se desarrolla en los centros, da publicidad a unas ideas cuya aceptación o no, sin embargo, no se traducirá en votos porque los claustrales votantes están comprometidos ya a través de los grupos en cuyas listas fueron elegidos. Así hay dos niveles: el público y las discusiones y negociaciones de los candidatos con los distintos grupos y de éstos entre sí. Los candidatos, necesitando conseguir apoyos, han de adquirir tantos compromisos que los programas necesariamente acaban siendo, en lo general, parecidos. Modernizar, construir, potenciar la investigación, conseguir más recursos, mejorar planes de estudios, dignificar la labor administrativa, consolidar puestos docentes. Es fácil estar de acuerdo en esto. Pero aparte generalidades, ¿qué hay de los problemas reales? De ellos se dice poco y no siempre. Lo que aparece en campaña no influye en el voto de los claustrales y lo que los grupos negocian son apoyos, no problemas generales.

Habría que preguntar a los candidatos cómo piensan remediar la escasa eficiencia de la universidad a la hora de recabar recursos financieros externos para sus actividades, que obliga a que muchos de sus miembros tengan que dedicar mucho tiempo y esfuerzo individual a conseguir recursos económicos para estudios de tercer ciclo, iniciativas editoriales, proyectos de investigación, equipamientos, con resultados peores que si la gestión fuera profesional y centralizada en forma de fundación, club de inversores o cualquier otra. Un problema poco visible y muy grave, que hay que decir con satisfacción que uno de los candidatos sí recoge.

También habría que pedirles su posición respecto a una política de bibliotecas, un elemento crucial para la docencia y la investigación, sobre todo en las áreas humanísticas y jurídicas y económicas, y hoy uno de los factores de atraso más importantes. Cabe preguntarles hasta qué punto están dispuestos a impulsar un auténtico sistema bibliotecario, y no una especie de federación de depósitos de libros; a que sea objetivo prioritario que TODOS los libros y revistas (iy las tesis doctorales!) estén fichados, en red y en salas de consulta de acceso permanente por los bibliotecarios; si van a empezar a crearse grandes bibliotecas de área o de campus; si se van a crear órganos que realmente tomen decisiones en materia de reasignación de fondos, de compras estratégicas, de completar

suscripciones de revistas, de asignar recursos distintos y específicos a bibliotecas de investigación y a las de mero estudio y consulta de fondos generales.

Todos están de acuerdo en que hay que reformar los Estatutos de la universidad, pero tendrían que aclarar en qué y para qué. Los estatutos de 1985 pudieron tener sentido para poner fin a la universidad heredada del franquismo, pero ahora están escleróticos. El sistema de representación y participación en la gestión actual es simplemente inútil y antidemocrático: no tiene sentido que haya más de 100 comisiones con composición y sistemas de elección propios. El sistema electoral es endiabladamente complicado, casi ininteligible, las elecciones excesivamente numerosas, y los representantes son elegidos por porcentajes de entre el 5% y el 15% del censo respectivo. Se da el caso de que un profesor está normalmente representado en la Junta de gobierno por cuatro vías: el rector y su equipo, la facultad o centro, el departamento y los representantes específicos del profesorado. El efecto de la hiperrepresentación es la abstención casi masiva (en los estudiantes masiva), la dispersión total en la toma de decisiones, que los elegidos casi nunca ni dan cuenta ni son controlados por sus electores, y la existencia de zonas de actuación opacas en lo académico o lo administrativo. Con frecuencia las decisiones pueden circular por vías distintas, con la confusión consiguiente. Y siendo todo esto así, aún hay algún candidato que propone que ciertos vicerrectores sean elegidos. La hiperrepresentación no se soluciona con más elecciones; al final habrá que creer que el rector no manda casi nada y sólo es presidente de una federación de centros, unidades, departamentos, servicios y comisiones. Esto en el contexto universitario que viene, crecientemente competitivo, es un sendero seguro hacia el desastre.

Quedarían todavía muchas otras preguntas: qué piensan hacer para organizar la hoy caótica presencia de la Universidad de Zaragoza en la Internet; cómo piensan remediar el desesperante número de estudiantes repetidores o que abandonan, qué planes tienen para reducir el número de exámenes, para afrontar la próxima y segura baja de matrícula en ciertas titulaciones, cómo piensan desarrollar los estudios de tercer ciclo, la enseñanza a distancia, a adultos y a estudiantes a tiempo parcial. Sólo algún candidato se plantea algunas (lo que es de alabar), aunque concretando poco. Extraño mundo este de la democracia académica, en que los parlamentos orales son interminables pero no hay un medio de papel donde tengan lugar debates de ideas, y los problemas reales sólo interesan unas pocas semanas cada cuatro años.

Hay que admitir que un sistema complejo de enseñanza e investigación no es la suma simple de las partes, y por tanto que los universitarios individualmente sean personas honestas, dedicadas y valiosas no quiere decir que los centros, las carreras, los servicios o los planes de estudio funcionen bien. Quien salga elegido rector tiene ante sí una dura tarea. Tendrá que impulsar reformas profundas o el tren se perderá. La otra opción, quedarse contemplando las catalpas del campus, no es una solución, es un suicidio. Hay otras, pero menos: empezar a coleccionar chistes sobre la universidad, y para los candidatos, todo un mundo. En el anglosajón, donde estas cosas se resuelven de otro modo, buscan candidatos a rector la universidad de Birmingham, la de Grahamstone, Sudáfrica, y la de Wellington, Nueva Zelanda. Cosas.